

KATERINA LACHMANOVA

# COMPASIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2005

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco J. Molina sobre la versión inglesa *Mercy*.

© Karmelitánské nakladatelství s.r.o., Kostelní Vydří 2002

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1567-6

Depósito legal: S. 532-2005

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2005

## CONTENIDO

1. La vida es...	9
2. El Padre de toda bondad	11
3. Como una gota en el océano	13
4. El misterio del juicio de un Padre	15
5. Simplemente por mí	17
6. Misericordia	19
7. Discreción	21
8. Estiércol bendito	23
9. Me disgusta...	25
10. Limosna	29
11. Fortaleza en la debilidad	31
12. Maletas ligeras y maletas pesadas	33
13. Contemplar la realidad de forma diferente ..	35
14. Avaricia bajo el hábito de la espiritualidad ..	37
15. Escrupulos de conciencia	39
16. Cooperar con la gracia	41
17. Expandir el corazón	43
18. Mi prójimo	45
19. Crisis	47
20. Ateos	49

21. Buscar la verdad .....	53
22. Sin dolor .....	55
23. Agorafobia .....	57
24. Conflictos .....	59
25. Corregir a otros .....	61
26. Pastores .....	63
27. Cómo sobrevivir a un sermón .....	65
28. La fuente de la compasión .....	69
29. El primer paso .....	71
30. Saber recibir .....	73
31. Soportarme a mí mismo .....	75
32. Perfeccionismo .....	77
33. Un ataque al corazón de Dios .....	79
34. Sin perder a uno solo .....	81
35. Un alma empolvada .....	83
36. Compasión y fe .....	85
37. Yo (nosotros) y ellos .....	87
38. La fuente de bendición .....	89
39. Compasión con las autoridades .....	91
40. Los rompehielos de Dios .....	93

UNO

## La vida es...

La vida es un poco de tiempo concedido a nuestra libertad para que aprendamos a amar y así nos preparemos para el encuentro con el Amor eterno (Abbé Pierre).

Aunque dedicó la mayor parte de su tiempo a los desamparados, el abate Pierre no era un romántico filántropo. No nació dotado de una inquebrantable serenidad llena de bondad que le predestinara a hablar incesantemente del amor. Tampoco era dado a vanos discursos grandilocuentes.

Formuló la definición de la vida, citada al inicio de este capítulo, ya en su ancianidad, después de haber llevado una existencia plena. Avanzó guiado por esta definición a lo largo de muchos años, antes de poder legarla como un diamante pulido a quienes angustiosamente buscan algo por lo que vivir.

«La vida es un poco de tiempo...». Normalmente no reflexionamos sobre ello, pero de vez en cuando nos sorprende lo rápido que pasa el tiempo. Aún yacen sobre el césped de nuestra casa los fuegos artificiales quemados para celebrar el último Año nuevo y ya celebramos una vez más la Nochevieja. Hay gente a la que conocimos cuando aún llevaba pañales que

ya tiene hijos. Alguna vez nos encontramos ante la tumba de una persona de la que todavía no esperábamos su muerte, y quizás nos hacemos preguntas completamente normales y realistas: ¿Cuánto me queda? ¿Para qué?

Alguien ha dicho que cuando Dios creó el tiempo, creó el suficiente (con frecuencia tal vez no nos lo parezca, pero probablemente hay algo de cierto en la idea). Dios nos dio tiempo suficiente para lo importante: «...para que aprendamos a amar y así nos preparemos para el encuentro con el Amor eterno».

Se ha concedido tiempo a nuestra libertad, dice el abate Pierre. En otras palabras, soy libre para decidir cómo ocupar el tiempo que me ha sido otorgado, y sobre todo cómo ocupar mi corazón. Cada persona tiene un ámbito de libertad; no somos meramente el resultado de mejores o peores combinaciones genéticas, mejores o peores entornos familiares, mejores o peores escuelas o sociedades, en definitiva, mejores o peores circunstancias vitales. Aunque la gente y las circunstancias me influyan, aunque me limiten de diversas maneras, y aunque llegue a descubrir, quizás aún más dolorosamente, mis propias limitaciones, la verdad es que he sido creado por el amor y para el amor. Ese es el plan de Dios, y afortunadamente no puede ser destruido por nadie ni por nada desde el exterior.

Dos

## El Padre de toda bondad

En esto hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene (1 Jn 4, 16).

Se puede llamar compasión a la faceta del amor de Dios manifestada para con el afligido, el infeliz y el pecador. ¿Y quién de nosotros no pertenece al menos a una de esas categorías? Los israelitas ya sabían que para ellos este era el aspecto más relevante del amor de Dios, puesto que la infidelidad del pueblo de Dios (al igual que la nuestra) resultaba bastante notoria. Consuela enormemente saber que Dios se ha presentado a sí mismo como el Padre de toda bondad, el Padre de amor que acoge al humillado y al de corazón quebrantado, pero también al obstinado, al pertinaz y al indeciso. «Con amor eterno te amo, por eso te mantengo mi favor», dice el Señor a su pueblo (Jr 31, 3). Promete mantener su actitud eternamente. «Aunque los montes cambien de lugar, y se desmoronen las colinas, no cambiará mi amor por ti, ni se desmoronará mi alianza de paz, dice el Señor, que está enamorado de ti» (Is 54, 10).

Hemos llegado a acostumbrarnos tanto a la parábola del hijo pródigo que su conclusión ya no nos sor-

prende. Y sin embargo, ¡resulta tan distinta a nuestra lógica humana! Las posesiones dilapidadas, que eran realmente fruto del trabajo del padre, los años malgastados, el agravio al nombre del padre... y tan poco remordimiento por todo ello. A esto el padre responde sin un reproche, sin un ultimátum, sin un castigo; antes bien, con un abrazo paternal, con un anillo de oro, con vestidos de gala y un banquete exquisito. Ciertamente la parábola debería llamarse la parábola del Padre compasivo, porque por medio de ella Cristo nos ha mostrado el hermoso rostro del Padre, en el que a nuestra humanidad le cuesta tanto creer.

En cualquier caso, ¿de qué nos serviría conocer todos esos hermosos versículos de la Escritura si no buscásemos refugio en la compasión y la caridad de Dios? Jesús mismo nos enseña a hacerlo, al igual que tantos hombres y mujeres que «han conocido el amor de Dios y creído en él».



TRES

## Como una gota en el océano

Muchas personas piensan con desesperación: «He pecado demasiado». Pero olvidan que sus pecados son como una gota de agua comparados con el océano del amor de Dios (Silvano del monte Athos).

El *staretz* Silvano no hablaba de esta manera porque poseyera una conciencia laxa que podía estirarse lo suficiente como para aprobar cualquier cosa. Por el contrario, todo pecado le producía un gran malestar y aún mayor compasión, pues creía que suponía una pérdida en el maravilloso plan que Dios tiene para cada persona. Por tanto, cuando habla de una gota y de un océano, no está enfatizando la similitud entre el pecado y la gota, sino entre el pecado y la compasión de Dios. Así pues, no quiere decir que el pecado sea algo tan insustancial como una gota de agua, sino que la compasión de Dios es tan vasta que, al compararla con el pecado, este parece ser una mera gota en el océano.

Hace muchos siglos, san Isaac de Siria enseñaba algo parecido:

Como el valor de un grano de arena no puede superar al de una gran cantidad de oro, el deseo de justicia de Dios no supera su compasión. Comparados con la

compasión de Dios, los pecados de cada uno son como un puñado de arena arrojado al océano. Como un puñado de polvo no puede detener un poderoso torrente de agua, en su creación la compasión de Dios no puede ser derrotada por el mal.

El pecado definitivamente no es motivo para ocultarnos temerosos de Dios. Por el contrario, el pecado debería convertirse en un trampolín desde el que nos abalanzáramos hacia los brazos de Dios. Teresa de Lisieux nos dice:

Jesús goza con los que le aman y regresan a él después de cada infidelidad, se lanzan a sus brazos y piden perdón. ¡Cuán desconocida es la bondad y la compasión de Jesús! Es cierto que para deleitarnos con ese tesoro debemos humillarnos y reconocer nuestra pequeñez. Y eso es algo que mucha gente no quiere hacer.

Sería ridículo pensar que nuestro pecado puede obstruir o incluso sobrepasar la compasión de Dios, puesto que su compasión es tan inagotable como el océano. No queda aminorada por nuestra debilidad. Parece, en cambio, que crece, pues «nuestra debilidad se convierte en una vasija de la que rebosa su compasión» (cardenal C. M. Martini).